

Ortega y Gasset habla en León de la España que hay que hacer

= De El Sol, Madrid =

¿Queréis, gentes de León, queréis que hablemos un poco en serio de la España que hay que hacer?

Con profunda vergüenza asisto a la campaña electoral que se está llevando a cabo en toda la Península. Trátase nada menos que de unas elecciones constituyentes; se moviliza civilmente al país para que elija los hombres que van a fabricar el nuevo Estado. Es un gigantesco edificio el que hay que levantar, y no hay edificio si no hay en la cabeza un plano previo de líneas vigorosas. Lo que me parece vergonzoso es que los cientos de discursos pronunciados en España no lancen una sola idea clara, definida, sobre ese Estado que hay que construir. Sólo se han pronunciado palabras vanas y huecas, prometiendo cosas, en palabrería fantástica, sin saber si se pueden o no realizar. Porque esto importa poco a esos palabreros que sólo quieren hostigar a las masas con palabras vacías e insensatas para que, como un rebaño de ovejas, vayan a las urnas, o, como un rebaño de búfalos, vayan a la revolución. Y a eso se le llama democracia. Y cuando se los increpa por esa conducta, dicen que a las masas no se les puede hablar de asuntos profundos porque no los entienden.

Los latiguillos.—Yo os digo que lo más difícil puede ser expuesto de manera que lo entienda el alma más humilde. Sólo es preciso que el que habla lo haga pensando bien, y luego, un poco de calor, un poco de corazón, un poco de entusiasmo para transmitirlo al pueblo. El que no dice con precisión sus ideas sobre el Estado que se va a hacer, es que no las tiene, y entonces disfraza esa vacuidad interior con retóricas. De esto, leoneses, es de lo que protesto.

Ya sabéis cómo se llama el mecanismo que el orador emplea para provocar el aplauso: latiguillo. El latiguillo es el arma del demagogo. Por eso el público, al entrar en un mitin, debía llevar en su imaginación la idea de un látigo, por si el orador va a tratarle como a un animal, para restallar sobre sus lomos calientes la tralla de su palabra envilecedora.

Yo podía hacer igual pero como entro ahora en política, no estoy dispuesto a ello. Por eso, en este mi primer acto público, protesto de ese tono que se adopta cuando se habla de temas políticos. No me refiero a lo que se ha dado en llamar extremismos. No me preocupan. Un extremismo serio es respetable. De lo que protesto es de la estupidez de llevar a un pueblo a la transformación del



Ortega y Gasset

Hablando con el Dr. Marañón

—Creo que se va a manifestar un tipo de hostilidad de la mayoría contra hombres determinados de extrema izquierda. Y no porque esa mayoría no acepte, sin repugnancia, las ideas izquierdistas extremas, sino porque está convencida de que los grandes movimientos los hacen los apóstoles, y no los señoritos deportistas.

—¿A qué obedece, según usted, ese movimiento que da un sentido deportivo a la propuganciación de ideas, por ejemplo, comunistas?

—A eso que Kéyserling ha llamado tan acertadamente "espíritu de chauffeur". El individuo que conduce el automóvil o pilota un aeroplano se cree en posesión del sentido de la conducción del mundo. Y esto es una triste aberración de perspectiva. Un zulú, en la cralinga de un avión sale volando al cuarto de hora.

—¿Cómo entrevé usted la labor de las Cortes que hoy votará el país?

—Yo tengo una gran confianza en primer lugar en la obra fecunda de un grupo de cincuenta a sesenta hombre de gran categoría. Y además espero que advenga a las Cortes una mechedumbre de diputados desconocidos, una gran masa de hombres nuevos. En realidad no son hombres desconocidos, sino hombres conocidos que reviven. Es decir, que se operará una aparición de hombres no inéditos, sino de hombres que no habían tenido oportunidad de dar todo su rendimiento.

Un caso típico es el del mismo Lerroux. Hace cuarenta años que actúa y ahora empieza a ser conocido. Lerroux ha sido siempre un hombre gubernamental que no podía gobernar. Su tragedia era la de estar en la oposición siendo un hombre

(Pasa a la página siguiente.)

Estado sin expresarle cuáles son sus ideas sobre ese Estado.

Mentes claras.—Por eso yo os digo, leoneses, que no quiero que me voten más que quienes se hallen resueltos a hacerse respetar de mí y me exijan una idea sobre el Estado que va a nacer. Necesito electores de mente clara y clara reflexión, y no gentes que con palabras confusas y turbias se dejen embriagar. No quiero hacer política con borrachos. Necesito apelar al fondo claro de la conciencia de cada uno de vosotros. Intentemos hacer en León algo ejemplar, aunque el resto de las provincias no lo hagan. Vamos a intentar aquí en esta ladera de Cantabria, la verdadera democracia española, procurando no romper la unión en grupos distintos. Yo os aseguro que si lo hacemos no tardarán en imitarnos los terruños del resto de la Península. Todos verán en la democracia leonesa la pauta a seguir. Hablemos, pues, un poco en serio del Estado que hay que hacer.

La máquina del Estado.—El Estado es una inmensa máquina que la colaboración nacional construyó para el servicio de la vida pública, y el proceso para inventar una máquina es el siguiente: Primero se fijan cuáles son las finalidades que se quieren obtener con ella, y luego se moldean las piezas y el mecanismo, en la forma que mejor conduzca a esa finalidad.

Pronuncia el orador admirables palabras sobre cómo no todas las cosas tienen la misma aplicación y dan el mismo rendimiento en todos los sitios. Esto—continúa—nos advierte de la falta de sentido, de los que, sin más ni más, quieren traer a España instituciones forasteras que no pueden hacer funcionar su rodaje en nuestro país.

Así ocurrió con la Constitución del 76, fraguada por la Monarquía de Sagunto. Fue aquella Constitución obra de imitación de la francesa. Y no hay en Europa dos naciones menos parecidas entre sí que Francia y España. Francia es un país cuyo clima y cuyos hombres muestran una sorprendente homogeneidad, de Norte a Sur, de Este a Oeste. Posee, además, una villa: París, cuyo poder de influjo espiritual llega no sólo a Francia, sino a todo el planeta. Así se comprende que una nación de esta clase se fabricara un Estado centralizador, porque toda Francia vive de París, y éste irradia luz a todas partes.